

“El momento justo llegará”*(Jn. 2:1-11)*

Salmo 67; Éx. 33:12-23; Ef. 5:22-33; Jn. 2:1-11

Cap, Miranda,
Jesús,
Hohenau.

¿Tienen hambre cuando regresan del trabajo, o de haber hecho algún deporte? Supongan que vuelven a su casa, y dicen: “¡Tengo hambre! ¿Qué hay de comer?” Y les contestan: “Todavía no está lista la comida”, recién estoy amasando los ñoquis. El momento justo llegará”. Pero ustedes siguen insistiendo: “¡Tengo hambre! Quiero comer algo ahora”. Entonces le dicen a ustedes: “Está bien, aquí están los ñoquis” (y resulta ser que los ñoquis todavía son una masa cruda). Ustedes saben que no resultará agradable comer ñoquis crudos. Si hubieras esperado hasta que estuvieran listos para comer, habrías degustado unos excelentes ñoquis caseros. ¡Y esto es muy sabroso!

Resulta ser que hubo un día “unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. Y fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora” (Jn. 2:1-4). María, la madre de Jesús, le pidió ayuda. Pues ella estaba ayudando a la familia durante la boda, pero se quedaron sin vino. María le comentó a Jesús sobre el problema: “No tienen vino”. Es decir: “Hijo mío, se quedaron sin vino. Y ahora, ¿qué van a hacer? ¡Qué vergüenza! ¡Qué van a decir los invitados sobre los novios! ¿Quién calculó tan mal la cantidad de vino necesario? ¿O será que estos invitados son tan expertos bebedores, que ya se han tomado todo el vino? Y recién estamos a mitad de la fiesta. ¿Qué puedo hacer? ¡Ya sé! Jesús, tú puedes hacer algo”. Pero cuando María le cuenta del problema a su Hijo, este dice: “¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora” (Jn. 2:4). Jesús no ayuda a su madre, al menos no inmediatamente. Él no ayuda a los novios en dificultades inmediatamente, a pesar de que se lo pida su propia madre María. Es como si Jesús tratara a su madre, no como madre, sino como discípula de él. Pone a prueba la fe de María. Cuando Jesús le contesta, “¿qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora”, él le está queriendo decir lo siguiente: “Madre, esto no es un asunto tuyo ni mío. Porque la hora en que entregaré el verdadero vino, el de mi sangre, no ha llegado todavía; lo hora en que voy a purificar con el verdadero vino de mi sangre a la humanidad entera en la cruz del calvario, para que reciban perdón de pecados y vida eterna, no llegó aún. El momento justo llegará”.

Así también “el vino de las bodas, como todas las bendiciones materiales que recibimos en la vida, puede faltar. María le dice a Jesús que se acabó el vino. Las bendiciones materiales, que por la misericordia de Dios recibimos en esta vida, no son permanentes. [Al contrario: la salud, el dinero, el trabajo, la comida, las amistades, aparatos tecnológicos, medios de transporte, buen tiempo, etc., pueden terminar antes de lo que esperamos, como les pasó a estos novios, que se quedaron sin vino en medio de la boda]. Pueden alegrar nuestros corazones por un tiempo. Pueden darnos vida por un tiempo. Pero al final de cuentas, todas las bendiciones materiales, hasta el mismo matrimonio que celebran los invitados en Caná, llegan a su fin. Nuestras fiestas y celebraciones terminan. Nuestra juventud rápidamente se marchita y se seca como la flor del campo. Aun en medio de nuestras alegrías, hay un toque de tristeza, porque sabemos que esta hora de gozo pronto llegará a su fin. Hasta la luna de miel puede tener cierto sabor amargo, porque sabemos que pronto pasará. Ninguno de los vinos de esta vida, [ninguno de los vinos terrenales], puede darnos un gozo y una vida que perdure... El vino se acaba. Ni siquiera la ley que Dios dio al pueblo de Israel, con todas sus instituciones y ceremonias, puede dar a los seres humanos alegría y vida que sean eternas. Hace falta algo mejor. Este algo mejor que nos falta es lo que Jesús ha venido a traer. La ley de Dios puede indicarnos lo que debemos hacer y dejar de hacer, pero no puede darnos [la gracia] del Espíritu Santo [ni la fe ni amor]. El vino de la ley también falla” (Rodolfo Black, *Juan: Comentario al cuarto evangelio*, Ed. Concordia, 1999, p. 50).

Necesitamos el vino nuevo de Jesucristo, el vino celestial, que nos entrega la plenitud del Espíritu, con sus frutos de paz, alegría, consuelo, justicia, mansedumbre, templanza, perdón y vida eterna. Este vino nuevo del Espíritu, este vino nuevo de Jesucristo, es el santo sacramento del altar, la Santa

Cena, que viene del cielo y por medio del cual Cristo nos da de comer y de beber la plenitud de su propia vida. Nos integra, nos une, en una misma mesa, a la comunión de Él con nosotros su Iglesia; y nos une como hermanos en la misma fe y el mismo amor. En la Santa Cena, la Santa Comunión, solamente recibimos, no damos, sino que recibimos de parte Dios, y Él mismo nos recibe. Es como cuando el rey invita a sus más humildes súbditos a un banquete real. La Santa Cena es un banquete de comunión y de amor, en la cual Cristo, el novio y esposo, purifica y limpia de todo pecado y de todo mal, a su amada novia y esposa, la Iglesia, que había sido manchada por el vicio y el pecado. Para que de esta manera ella, su amada y preciosa esposa, pueda experimentar todo el amor que solamente Jesucristo tiene por ella. Porque Él dio su vida por ella en la cruz, por eso mismo también puede limpiarla de toda maldad, y de hecho en este bendito sacramento, o medio de gracia, él realmente lo hace: como señal permanente de su amor por ella, le entrega en el pan su propio cuerpo, y en el vino su propia sangre. El tiempo del Nuevo Testamento ha llegado. La fiesta de bodas del Cordero de Dios se nos presentan hoy de manera anticipada por medio de este sacramento. En la Santa Cena, el cielo y la tierra se unen, y nosotros disfrutamos de este privilegio hoy. La Palabra poderosa de Jesús, en unión con las especies del pan y el vino, hacen el sacramento.

De esto nos habla la maravillosa historia de las bodas de Caná de Galilea. Cristo, venido del cielo, no tuvo temor de estar presente en una fiesta de bodas, no huyó de la vida que nosotros llamamos “vida terrenal o civil” sino que con su gracia se encarnó en nuestra vida humana, se metió en nuestra historia, para perdonarla, santificarla, darle sentido y plenitud. Es Jesús quien viene a dar sentido a nuestra vida con el vino de su salvación, el que viene a mi matrimonio para curarlo y hacerlo santo con su perdón y amor. Y que vino para que en la hora decisiva de mi muerte, no tenga más miedo, porque con su muerte en la cruz, él venció a la muerte por mí, y al derramar su sangre en el Calvario, es él quien me abrió las puertas del paraíso, para que por la fe en su nombre reciba la vida eterna.

En cuanto a María, el pasaje del evangelio la presenta como modelo de mujer cristiana, que frente a la aparente negativa de Jesús, sigue insistiendo: “Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere” (Jn. 2:5). El evangelio no enseña a invocar a la virgen María, para que después ella pida a Jesús por nosotros. No es eso de lo que habla aquí, sino de la fe de María que sirve de ejemplo para nosotros, y que nos invita a no angustiarse frente a los problemas y necesidades de la vida presente, sino que seguir confiando en la ayuda y providencia de Dios. El momento justo llegará.

Creo que a veces solemos ser flojos en cuanto a la oración. No es que no oramos, sino en que nos desilusionamos muy rápido, en vez de procurar insistir en súplicas y ruegos a Dios en el nombre de Jesús. Él mismo le explicó a María por qué no pensaba ayudar en cuanto a la falta de vino: No era la hora, no era el momento adecuado de intervenir con su gloria y majestad. Pero María insistió en creer en la palabra de Cristo: “Haced todo lo que os dijere”. María confió en la palabra de Dios. Debemos esperar en la Palabra, y estar de acuerdo en nuestro obrar con dicha Palabra. Es por eso que no rezamos el Ave María, ni el rezo del Rosario. Tampoco oramos gritando o alzando las manos para ser vistos por la gente, por el simple hecho de que Dios no pidió hacerlo. Lo que Jesús nos pidió hacer es orar el Padrenuestro. Y si se ora en público, que sea en orden, y en privado con humildad. “Orando, no uséis vanas repeticiones” (Mt. 6:7). “Cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres” (Mt. 6:5). “Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos” (Mt. 6:9). María está de acuerdo con lo que enseña Jesús. Por lo tanto, la misma Virgen María no quiere que se le invoque a ella como abogada o intercesora, y lo mismo vale para cualquier otro santo.

A veces no entendemos por qué Jesús no contesta nuestras oraciones en el momento en que se lo pedimos. Pero recuerden: Él sabe lo que es mejor para nosotros. El momento justo llegará. Al final él hizo el milagro de convertir el agua el vino, en el momento en que más se necesitaba. Así también, a veces no vemos lo que Dios ya ha hecho, o lo que ya está haciendo por nosotros para ayudarnos, porque apenas queremos lo que pedimos, y lo queremos justo ahora, en vez de confiar en su ayuda y que el Señor decida el qué, el cómo y el cuándo. Porque Jesús no quiere darnos unos simples ñoquis crudos. Porque él los ama verdaderamente, ustedes recibirán en el momento correcto lo que piden, conforme a su buena voluntad. Amén.